

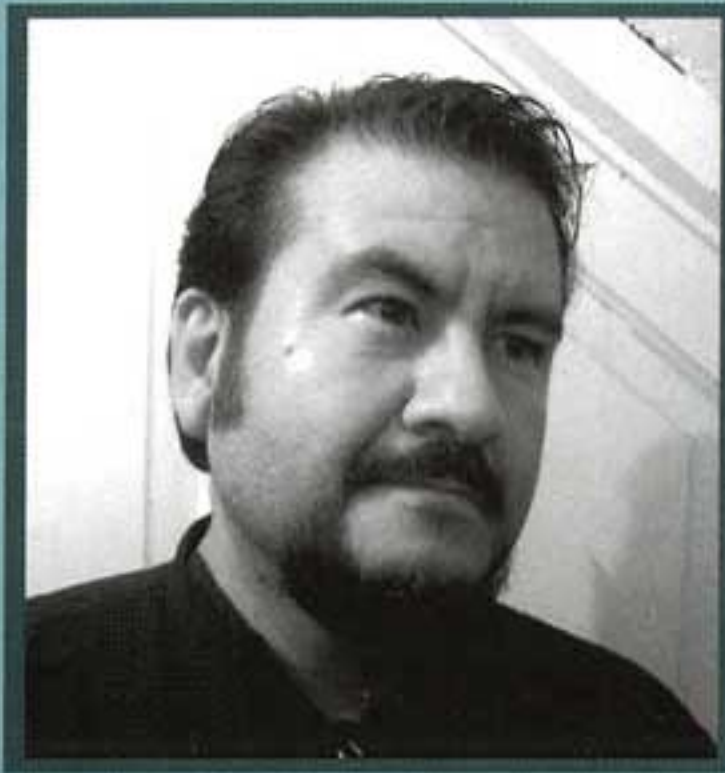
A painting of a man with dark hair and a mustache, shirtless, standing on a boat deck. He has his arms raised in the air, palms facing forward. The background shows a blue sky with white clouds and a blue sea. The man's expression is one of awe or wonder. The painting style is realistic with visible brushstrokes.

**D**  
Literatura  
UNAM

# ALGUIEN / ZOZOBRA

Fernando de León

**D**  
diagonal



Fernando de León (Guadalajara, Jalisco, 1971) es narrador y ensayista. Autor de los libros de cuentos: *La estatua sensible* (1996), por el que obtuvo el Premio Nacional de Cuento de los XX Juegos Florales de San Román, Campeche, en 1995; *La obscuridad terrenal* (2001); *Cárceles de invención* (2003); *La sana teoría* (2006); *Apuntes para una novísima arquitectura* (2007), acreedor del Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez en 2004; *Mudo espío* (2011); y de la novela *Historia de lo fijo y lo volátil* (2010).

Es fundador de *Arqueología del Recuerdo*, espacio dedicado a talleres y asesoría en la escritura de biografías y memorias, y miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte a partir de 2012.

# ALGUIEN / ZOZOBRA

Fernando de León



**D**  
*d·i·a·g·o·n·a·l*



# ALGUIEN / ZOZOBRA

Fernando de León



Textos de Difusión Cultural  
Serie Diagonal



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección de Literatura

México, 2013

Diseño de portada: Mario Roca

Ilustración de portada: Enrique Guzmán, *La caída* (detalle).

© Colección Carlos Monsiváis (Cortesía de Beatriz Sánchez Monsiváis).

Fotografía: Javier Hinojosa.

Primera edición: mayo de 2013

D.R. © Fernando de León

D.R. © 2013 Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, delegación Coyoacán,

04510, México, D.F.,

ISBN: 978-607-02-4374-5

ISBN de la serie: 968-36-3757-4

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

Estoy en deuda de gratitud con el escritor David Izazaga, quien hacia 1998 me alentó a escribir una colaboración semanal para el periódico del que era editor: *Siglo 21*. La columna se llamó 53 palabras; aquellos ensayos conforman este libro y, de las 53 palabras originales, preferí las 43 aquí contenidas. También agradezco al poeta Cuauhtémoc Vite, editor entonces del suplemento cultural *Armarío*, quien quiso publicar las palabras que quedaron inéditas cuando el *Siglo 21* quebró en 1999. Finalmente, mi gratitud a la Dirección de Literatura de la UNAM, y a su editor, el poeta Víctor Cabrera, quien propuso la reunión de estas palabras en la forma del presente libro.





## ALGUIEN

Desde las sombras del porvenir, una imprecisa silueta se asoma con ojos de sospecha, labios de conjetura e hipotético cuerpo. Su arribo es inevitable como la felicidad, temible como el amor y fatal como la melancolía. Nadie sabe quién es; su nombre antecede a todos los nombres, diluyéndolos en una sola palabra: Alguien.

Persona a la que sin conocer todavía, ya nos esforzamos por no olvidar. Promesa, o amenaza, que debe cumplirse para que nuestra vida no sea solitariamente nuestra. Premoción amorosa: Kriemhild, princesa de Burgundia, soñó a un halcón poderoso y supo que Alguien se acercaba a su virginal memoria: ese Alguien era Sigfried, el hombre al que por amor traicionaría.

Es, por ende, adivinanza de muerte: Jerónimo, guerrero indio, creyó ver en su destino un irrefrenable caballo de metal, avanzando hacia un horizonte infinito; más tarde su visión lo derrotó: era el tren que lo conduciría a su cautiverio final.

Alguien —que es algo y alguna— existe siempre más allá de nuestra percepción; su presencia consiste en el tiempo que tarda en llegar (el viaje entre la imaginación y la realidad es largo) y desenmascarse. Su rostro es indefinido: siempre predispuesto a ser superado por la estética de lo tangible. Verdugo o benefactor, ruina o fortuna, desesperanza o bálsamo; por cada persona viene un Mesías y un Anticristo con carta de presentación compartida. Intuirlo no basta; ir a su

encuentro es postergar la cita; huir o esconderse es entregarse inútilmente a la jauría de la ansiedad.

El mundo, que es grande y complejo, ofrece este consuelo: Todos somos Alguien.

En la innumerable gama de interrelaciones personales, de reuniones y separaciones arremolinados; de sonidos o silencios que ora comunican, ora aíslan en el calabozo de la mala interpretación; de entreveradas llegadas y partidas que obstruyen los caminos del sentido común; de inconsciencias e intenciones, las cuales poco o nada saben de la felicidad: en ese laberinto sobrepoblado e imposible de recorrer que llamamos vida, somos Alguien para Alguien más: no reconocernos a última hora será tentar a la desdicha, dejar de ser Alguien para comenzar a ser Nadie.

Sueño ajeno, tenebrosa vigilia, punto de fuga, puerta a la esclavitud somos. La noche triste en el alba que despunta: la pena o el placer que por otros tiene que ser.

## AUSENCIA

Menos que un lugar común, es un vacío común: todos hemos sido ausentes incontables veces, pero todos ignoramos lo que significa serlo; conocemos la ausencia ajena pero la propia sólo podemos imaginarla, conjeturar qué forma toman nuestras huellas al abandonarlas; si quedan fijas cual piezas de un rompecabezas eterno o si se desvanecen al momento mismo de forjarse, como figuras en las nubes.

Wakefield fue un singular personaje que fingió partir de viaje durante una semana sólo para ocultarse en una casa vecina a su hogar y contemplar la vida sin él. Tal experimento se prolongó durante veinte años; vio crecer a sus seres queridos, vio la desesperación y la soledad de su esposa. Vio menguar en ella, día tras día, la femenina esperanza de que retornara el marido. Un día, Wakefield vio salir de su casa un ataúd vacío anunciando que su familia ya lo daba por muerto: también de su sitio para la muerte se había ausentado. Desde entonces, su mujer vistió de luto y continuó su vida. Finalmente, una tarde espontánea como en la que había partido, regresó a su casa.

Conocemos la historia por palabras de Nathaniel Hawthorne, quien afirmó haberse basado en un suceso veraz, noticia de un periódico: el encanto que implica ser ausente no es ficticio, sucede a la menor oportunidad: la ficción puede hacer invisible a un hombre, darle voz a un fantasma o a un ángel guardián, pero el deseo de saber cómo son los demás cuando no estamos es genuino. Curiosidad vanidosa,

pues al sabernos queridos deseamos encontrar añoranza y no hipocresía u olvido; curiosidad ingenua, pues dudamos que esa hipocresía y olvido sean también gestos amables.

Creo distinguir dos tipos de ausencia: la primera es rara y peculiarmente ególatra: la desean los artistas que anhelan trascender e inmortalizar su obra sin llegar a imaginar siquiera los rostros de quienes, en futuras multitudes, elogiarán el rastro del ausente. La segunda es frecuente y elitista: ser ausente sólo para unas cuantas personas, como queriendo ejercitarlas en el oficio de extrañar. De igual manera, cada persona tiene un grupo de privilegiados ausentes a su alrededor; por ellos posa, se intimida, se sabe antiguamente acompañada.

Igual que Wakefield, fascinado ante su ausencia, a veces quisiéramos, más que estar solos, estar donde estén todos menos uno mismo.

## AZAR

Parto de la mesa que me reservó tu beso aquella impredecible velada, y camino la acera que supo esperar —como lomo de kraken— hasta el final de una caricia antes de hundirse. Contemplo mis manos vacías que en aquel momento se obsesionaron con tus cabellos de arena. Le sigo la pista al mareo de desearte usando sólo tu recuerdo y encuentro la sombra de un árbol que parece una marca, un mapa, una ruta nebulosa: dos monedas que brillaron para un sólo parpadeo, dos monedas que nadie ha querido en todo este tiempo me aconsejan doblar en la esquina. Me guía la memoria de los placeres perdidos: la vista quiere una prueba, una flor de ese paraíso y el oído se arroja tras sonidos anacrónicos. ¿Dónde están el rumor de los vagones, el gallo y el grillo de entonces? Camino entrecerrando los ojos, improvisando aquella nocturnidad que ahora el sol arruina con cínica luz. Necesitaría no ver para encontrar el camino, necesitaría tu abrazo para reconstruir mis huellas.

Me guía el infalible azar, creo, pero el cansancio paso a paso predice una derrota: Orlando sin furia es nada. Orlando sin fuerzas es un hombre cuerdo: Sé que no te encontraré —me digo. Y justo cuando abandono ese fervor escucho el discurso de un peatón que parece hablarme pero que mira a alguien más:

— Cuando buscamos algo tercamente la suerte nos evade. Basta dejar de desear su encuentro para tener al Azar de nuestra parte.

La frase me detiene. Frente a mí se muestra el callejón secreto con quien compartí tu cuerpo esa noche antes olvidable. Vuelven de golpe las horas que habitaron un sueño hermoso y temible.

Ya atardece y no es difícil presentir la noche. Sé que tras la bruma, tras el velo de lo irrepetible, encontraré tus ojos.

## BRÚJULA

Sólo la mira sin afecto y sin asombro, aquel que vive en un mundo donde más convendría perderse. Su mecanismo, por sencillo que parezca, nunca deja de ser un tanto mágico, pues siempre responde a la eterna pregunta “¿Dónde estoy?” Baste una persona solitaria a mitad de un pasaje desierto para que decida caminar en busca de otra persona. Creemos que el discurso de la brújula es “estás aquí y debes ir para allá” cuando solamente dice “allá está el norte y allá el sur” y dónde está uno realmente es baladí. Creemos que la brújula dice “busca, camina” cuando quizá dice “detente, déjate encontrar”.

Brújula es una palabra mágica; pronunciarla es invocar otras palabras que la presienten, que la dibujan y la delatan. Como burbuja, una burbuja de cristal como la que protege la aguja imantada, o como bruja, que representa esa otra magia, la inexplicable, la prohibida. Una bruja que posee una burbuja de cristal puede ver el futuro y el pasado, el Norte y el Sur del destino humano, puede saber en qué dirección está la perdición, el precipicio, o la salvación, el oasis. Rara vez hacemos hincapié en que el bienestar tenga causas geográficas. Que viajar en la dirección correcta sea la solución de todo dilema.

Miramos la brújula en nuestra mano y ya no es la bruja quien influye en la respuesta buscada, tampoco es la burbuja de cristal la que revela nada, ni siquiera son las fuerzas magnéticas de los polos las que hablan: son las líneas de

la propia mano las que no dejan de recordarnos que poco importa si caminamos hacia el sur o hacia el norte; de todas formas allá, en algún sitio, estuvo nuestro nacimiento, y allá, opuesta, estará nuestra muerte.

Esta es la brújula del sedentario.



## BRUMA

Como un ser viviente que sobrevuela los mares, la bruma es un temido enemigo del marinero, pues detrás de ella puede estar la señora Muerte en forma de arrecife o de extravío total. El hombre ha sabido luchar contra su envolvente presencia con brújulas y sonares, pero la bruma es como canto de sirena que aturde la mirada en lugar del oído, y que igual gusta de perder a los hombres.

Bruma y niebla son parte de una misma incógnita, no como fenómeno climático perfectamente explicable, sino por ser los heraldos del misterio, primer síntoma de un mal augurio, pez piloto de una ballena de calamidades. Desde la antigüedad literaria, la niebla ha sido la guarida de los secretos mágicos: el tesoro que hiciera de Sigfried una leyenda fue antes de los Nibelungos, es decir, de los Hijos de la Niebla. No es extraño que los mitos góticos hayan surgido en la brumosa Inglaterra; no sólo por su sobrepoblación de fantasmas, sino porque sus calles, donde la piedra y la bruma parecieran ser igualmente sólidas, fueron propicias para vampiros inmortales, científicos desquiciados, hombres-lobo y las más abigarradas pesadillas que añoran lo medieval.

También producto de la bruma son los argumentos policiales, porque si la niebla implica un enigma, surgen los personajes que intentan descifrarlo y anularlo, aunque estas dos tareas sean muy distintas una de otra. Con todo, en medio del terror inexplicable surge la valentía de la explicación:

no era inmortal el vampiro, ni el científico estaba tan desquiciado. La razón asume todo el riesgo cuando lucha contra lo inaudito, hasta que en la lucha —justo como la piedra y la bruma— son de la misma condición: entonces hombre-lobo y detective son una sola persona; el mismo mal y el mismo remedio: surge así el mito moderno de los psicópatas.

La bruma, que no cambia y no envejece, parece tener un pacto con el Diablo: en su melancólica belleza podrán ocultarse los señores Burke y Hare o el afamado Jack, el Destripador, quien quizá, como Hyde, compartió el alma de un hombre respetable. Pero todo asesino parece ignorar la existencia del policía que lleva dentro y que es su mayor enemigo, su cazador: en la bruma, que oculta pero que también ciega, ninguno de los dos estará a salvo.

## CALENDARIO

Punto intermedio entre la calma sin futuro y el futuro sin calma: antes de él los hombres no tuvieron edad, vivieron una vida sin años ni días hábiles u horarios: buscaron comer al provocarlos el hambre y durmieron al vencerlos el cansancio; cada día fueron niños en la inconsciencia del amanecer, jóvenes en el vigor de la mañana y viejos en la temible noche, lo fueron desordenada o simultáneamente. Murieron, quizá, como vivieron: con esa calma que es todo presente y sin mañana; ignorando que el calendario futuro lo tenían ya en el cuerpo, que aún antes de conocer los números sus días estaban contados.

No sabemos qué día de qué mes debemos celebrar la invención de la rueda o el descubrimiento del fuego. Un día de esos que escapa al calendario se ideó el calendario mismo: quien prefiguró la mecánica del Tiempo y la plasmó en piedra unió en un gesto lo imparabile con lo inamovible, inventó no sólo un artificio contabilizador sino una tregua entre el Hombre y la Realidad, es decir, creó una metáfora.

Desde ese día invisible registramos cada milésima de segundo y buscamos argumentos que justifiquen nuestra existencia el próximo minuto. Del calendario de piedra que anunciaba a la lluvia o al frío y hablaba de la luna a los pastores y del sol a los labradores, sólo quedan recuerdos de una conversión traicionera, pues la roca fue vuelta arena, vidrio, engrane, resorte, péndulo, circuito integrado; nuestro sirviente terminó siendo centinela. Más allá del calen-

dario nos aguarda, para devorarnos la feroz mandíbula de Cronos. Fatal, el inevitable conocimiento del Tiempo nos amarga la existencia.

Pero en la distancia de los días, aquel calendario primigenio aún dicta una acompasada lección de lentitud y desdén cronométrico que todavía podemos aprender.

*A Silvia Ramírez*

## CONVERSACIÓN

Derivado de la voz latina *versare*, dar vueltas, el arte de la conversación es un acto de movimiento y ritmo; tal como el baile que exige coordinación en la pareja, igual el diálogo debe alternarse con equilibrio y gracia conforme el tema —o la música— lo pida. No es buen conversador el orador que pese a manejar espléndidamente las palabras acapara la sustancia de la charla. Conversar tiene algo de carrera de relevos; hay que saber cuando soltar la estafeta que es la palabra: si se hace antes de tiempo la palabra queda en el aire, si se entrega tarde rompe el vuelo de quien debe continuar y terminar la carrera (que es un círculo, un dar vueltas y vueltas). Cuando la plática es entre varios integrantes la mecánica es la misma de los acróbatas circenses al formar una pirámide humana: entre más conversadores participen, más difícil será tener en pie un tema y al menor desequilibrio los conversadores caerán, cada uno con su propia plática, desordenadamente, y será preciso volver a armar la charla donde se disgregó.

Conversar requiere la agilidad y la puntería de la esgrima, pues aunque no es un arte marcial propiamente dicho, siempre existe la posibilidad de tocar involuntariamente un tema trastornador y que quien comience platicando con el doctor Jekyll termine hablando con el señor Hyde. Para evitar esto, es sano partir de que de una conversación no debe surgir un acuerdo y aunque, efectivamente, hablando se entienda la gente, no significa que ese entendimiento mu-

tuo los deba hacer concordar en absoluto. El conversador no busca convencer o entrevistar o discutir o interrogar, sino hablar, hablar y ser escuchado sin mayor pretensión utilitarista del lenguaje. Es evidente que los presocráticos no deseaban conversar y, en cambio, un ser por decisión divina más inútil y absurdo como Sísifo debió ser un gran conversador, porque ese era el asunto: cargar la roca, soltarla para volver por ella; dar vueltas, aunque nunca un recorrido fuera idéntico al anterior. Así, las conversaciones, aunque insistan en un tema, siempre ofrecerán variantes.

En mi filología empírica, la conversación es un intercambio de versiones, es multiplicar historias, es fabular. El origen de toda literatura.

## CHIRIPA

La chiripa es una divinidad menor, un ángel caído que va por ahí derrochando favores. Sin duda cayó ignorante de quién ganó la primera batalla entre Dios y Lucifer, pues de Justicia Divina nada sabe: ignora que hay un cielo para los justos y un infierno esperando pecadores. Nada sospecha sobre el Juicio Final y la vida eterna; elabora sus propios juicios considerando la breve vida de cada individuo y alega despistadamente que cada hombre desdichado tiene derecho a ser feliz un momento y que cada ser dichoso no debe estar exento de momentáneas desgracias. Así, la chiripa, con base en minucias, enjuicia y decide dónde y con quién se hará presente, genera premios y castigos repentinos y espectaculares que, aunque parezcan gratuitos, son merecidos sin duda.

Aproximada compensación como la que reza “afortunado en el juego, desafortunado en el amor”, lo cierto es que la chiripa nada tiene que ver con el azar y sí con la justicia, una justicia abigarrada que modula nuestra vanidad: porque perder también es chiripa cuando lo más lógico hubiera sido ganar, y nada mejor que la derrota para recobrar la humildad perdida; así como hacer algo mágicamente bien, en un historial de torpezas, es el madero que salva del naufragio a la autoestima: lo mismo falla un penalti un goleador mundialista, ante millones de espectadores que creen en su puntería que en cambio, anota un niño miope en una cancha llanera donde sólo se encuentra frente a otro niño que es portero invencible en su

barrio. La chiripa, pues, es un ángel verde que repara sólo las emergencias de nuestra accidentada existencia: ocho carambolas al hilo subsanan una antigua humillación oral, un póker de reinas remedia cinco manos perdidas, la sonrisa de una muchacha que pasa borra el susto de una mordedura de perro en la infancia.

La chiripa es un milagro pagano, un bien que no se anuncia como los largamente solicitados a un cielo o a un infierno burocratizados y saturados de solicitudes, ni pide más respuesta que la explosión inmediata del ánimo, ya sea llanto o carcajada, piropo o vituperio; porque una chiripa es una chispa que a unos ilumina y a otros encandila; porque en un mundo donde la dicha y la desgracia deben ser erigidos a pulso, que haya chiripa nos permite soñar —a todos, fieles y gentiles— con un destino chambón, o al menos permite dormir sin la culpa de haber trabajado por todo lo que hemos perdido.



## DESDÉN

Desdeñar es rechazar algo por indigno, es despreciarlo: desde este concepto, el desdén siempre es un error por el cual no se aprecia con justicia y se rebaja arbitrariamente aquello que se nos ofrece, hasta considerarlo inaceptable. Pero el desdén no es meramente un capricho, su existencia está regida por el deseo; cuando un deseo ocupa nuestra mente, eclipsa lo demás, haciendo todo desdeñable. No repudiamos al desdeñar, sólo desperdiciamos conscientemente en ese momento lo que, pudiendo, decidimos no aceptar: de esa maraña de decisiones y deseos, donde se busca decidir no sólo el deseo mismo, sino el cuándo y cómo de la realización del deseo, ahí se origina el desdén.

Fenómeno esencialmente amoroso: el desdén es pariente cercano del desaire, del desaliento y del desamor; aire, aliento y amor que nos dejan, y que además parecen compartir la cualidad de lo leve. El amor fue para los griegos un dios liviano, alado, y su aguijón fue una flecha surcando el aire; un ser voluble y juguetón como un niño, que evade airoso cualquier obstáculo; pero también un ser etéreo, volátil, inasible. Pero el amor no es simple aire: es el aire más interno que nuestro cuerpo guarda, es el aliento, casi semejante al soplo que llamamos alma: cuando el amor nos infla nos volvemos seres aéreos y el mundo nos muestra sólo su cara más alta. Basta que el amor nos desdeñe para que nos falte el aire hasta la asfixia y nuestro aliento, que nos movía impetuosamente, nos abandone para quedar quietos y pesados como rocas.

El cortejo destinado al fracaso es un rito absurdo pero honesto. El amante intenta vanamente reconocer el amor en la persona amada, y ella no se cansa de rechazarlo. El amante pregunta siempre lo mismo ya sabiendo la respuesta, la amada responde siempre lo mismo sin entender verdaderamente la pregunta.

*Aún cuando entre sueños te beso, sueño que te beso a la fuerza.* Propongo esta imagen como un esbozo del desdén; porque quizá pocos deseos sean tan genuinos como el que nos impulsa a querer besar a alguien, y pocas manifestaciones tan libres como la del sueño; pero si en el mundo onírico, donde nuestra voluntad se impone a la misma realidad, no se consigue besar a esa persona más que forzándola, si incluso ahí se encuentra oposición, entonces el desdén, lejos de ser momentáneo y circunstancial, se anuncia absoluto y eterno en la suerte del que sueña y de la que es soñada.

## ENEMISTAD

Decía Aristóteles que para que dos hombres pudieran ser amigos debían ser de igual virtud. La enemistad no es distinta en tal proceso. Es mentira que toda la humanidad pueda odiarse a sí misma, pues para que dos hombres sean enemigos deben ser, ya no digo virtuosos, al menos igualmente ruines.

Este singular proceso de selección de enemigos es una selección natural, que no puede acelerarse ni retardarse, y, bien visto, es a largo plazo la fabricación de un espejo: de la infinidad de enemigos que figuran en las historias de James Bond, el agente con licencia para matar, el más íntimo es un tirador a sueldo llamado Scaramanga. El enemigo clásico de Sherlock Holmes es el cerebral profesor Moriarty. Fuera de las leyes que rigen sus actos ¿qué separa a Bond de Scaramanga o a Holmes de Moriarty? Para la enemistad la Ley no es más que una coartada.

Los enemigos siempre se parecen y nunca están exentos de un dejo de admiración mutua. La enemistad es una de las más refinadas vanidades, es una forma agresiva de la amistad. Odiamos nuestro reflejo e intentamos vencer sólo aquello que merece vencernos.

Hoy vivimos un mundo en que la enemistad es una frivolidad y la gente odia hipócritamente. Deseamos sentirnos rodeados de enemigos porque es signo de poder y fortuna. O pensamos que nos asaltan por odio cuando lo hacen por conveniencia, igual que suceden una guerra o un homicidio

masivo. El odio, como todo sentimiento de manufactura artesanal, es más bien escaso, el verdadero enemigo es una especie en extinción.

## ERMITAÑO

Las grandes urbes nos han demostrado que no se precisa vivir en una lejana cabaña internada en el agreste monte para ser un ermitaño. Se puede serlo en medio de la sobrepoblada ciudad sin mayor esfuerzo, aun teniendo un empleo que exija el trato diario con la gente, aun asistiendo a los estadios, discotecas o cafés, saludando y hablándole a medio mundo. Ser ermitaño es buscar aislarse, aunque esto no signifique renunciar al teléfono, el televisor y la luz eléctrica; el ermitaño moderno apenas renuncia a lo más elemental: compartir su ánimo con los otros. Es la más civil de las personas, pues muestra una sonrisa al contento y una mueca grave al desgraciado, pero, lejos de la misericordia, es un actor y no permite que se perturbe su solitaria labor de camuflaje de emociones. No teme comunicarse pues no es necesariamente tímido; es despiadadamente elitista. Asume que sólo él mismo está a la altura de sus sensaciones. Tales personas suelen ser amigos de los libros y de los objetos cotidianos, le guiñan un ojo al radio y limpian con afecto los ceniceros, su universo más cercano es inanimado, mas no por eso menosprecian la realidad. Se saben parte de una multitud a mitad de la calle, se saben confundibles y falibles en su soltería emocional. El ermitaño es un monstruo que por comodidad ha renunciado a los espejos.



## ESPERA

*para traerte en persona a donde oficio  
el santo sacrificio de la espera.*

LUIS VICENTE DE AGUINAGA

Calma. Llegará cuando tu paciencia muestre sus orillas, cuando hayas olvidado su nombre y su cara, cuando te resulte imposible recordar el motivo de tu espera.

Esperar es una manera de ir al encuentro, de obligar al destino a apresurar su paso; esperar es invocar al dios de la lentitud para ridiculizar al duende de la rapidez. Sólo el amor es veloz: lo demás se mueve por inercia en su marea y su temblor. No hay voluntad más humana que la de esperar. Detenerse es rebelarse al cosmos, es retar a la vida incesante, es marcar la tierra que bien podría ser acechante sepulcro. La espera es menos violenta pues la inmovilidad que implica es gradual, relativa. Mientras nadie nos espere es posible darse el lujo de esperar a alguien o a algo; movernos libremente por los rincones del día que habitamos, seguros de que tal persona o tal acontecimiento en vísperas tiene bien escrita la dirección a donde debe llegar. Esperar nos enseña a confiar, a tener una fe sin requerir de una religión (imagino el paraíso como una enorme sala de espera, y el infierno igual: sólo los distingue la paciencia inagotable que asiste a los primeros).

Calma. Llegará cuando tu espera haya valido la pena, cuando el temor de no reconocer su llegada te dignifique, cuando el cansancio te lleve a soñar que ya llega.

Las estatuas saben esperar, los árboles saben: quisiéramos estar preparados para actuar cuando el momento llegue, sin saber que la espera entumece nuestras fuerzas intencionadamente, reseca las palabras que, creemos, diremos con frescura, oxida lo espontáneo de nuestras miradas: en suma, temple nuestra persona para ser como la estatua, como el árbol que da la bienvenida sólo con una imagen. Esperar es crecer lo suficiente para que lo esperado nos encuentre. Esperar es entrar en la distancia inmutable que cumple el abandono: en el recuento febril de la espera todos los nombres son uno solo, y una cara es la forma única que el universo multiplica.

Calma. Llegará. Como san Juan en Patmos. Como Penélope en Ítaca. Como Bartleby en prisión. Lo anunciado llegará cuando hayas encontrado el sitio preciso en donde debes esperar.



Calma. Llegará cuando tu espera haya valido la pena, cuando el temor de no reconocer su llegada te dignifique, cuando el cansancio te lleve a soñar que ya llega.

Las estatuas saben esperar, los árboles saben: quisiéramos estar preparados para actuar cuando el momento llegue, sin saber que la espera entumece nuestras fuerzas intencionadamente, reseca las palabras que, creemos, diremos con frescura, oxida lo espontáneo de nuestras miradas: en suma, temple nuestra persona para ser como la estatua, como el árbol que da la bienvenida sólo con una imagen. Esperar es crecer lo suficiente para que lo esperado nos encuentre. Esperar es entrar en la distancia inmutable que cumple el abandono: en el recuento febril de la espera todos los nombres son uno solo, y una cara es la forma única que el universo multiplica.

Calma. Llegará. Como san Juan en Patmos. Como Penélope en Ítaca. Como Bartleby en prisión. Lo anunciado llegará cuando hayas encontrado el sitio preciso en donde debes esperar.

es la bandera que anuncia el sitio de un tesoro, lo más material. Para esta clase de revelaciones se precisa de una persona elegida por el espectro; si alguien no predispuesto llegara a encontrar el dinero, tal riqueza se volvería carbón en sus manos.

Pero no todos son heraldos de fortuna o ruidosos espíritus chocarreros que penan sin aceptar su muerte. Son seres volátiles que sin embargo permanecen fijos en el tiempo; visiones que las miradas han deslavado; obstinados recuerdos que no precisan de una memoria para manifestarse: son imágenes y no es difícil imaginar a tres de ellos en el sofá, dos parados en la cocina, uno subiendo por la escalera, otro escogiendo la ropa en el clóset, alguno más bajo la regadera. Son treinta por persona, y uno debe ser buen anfitrión al otorgarles un espacio en casa. En la calle es distinto, pues resulta imposible evitar que se confundan entre un peatón y otro, sesenta seres imaginables.

Siendo seres sutiles, para creer en ellos no se precisa verlos, basta advertir sobre nosotros su impasible mirada.

## FOGATA

El devorador intocable que es el fuego fue domesticado en el aislamiento de la fogata: dentro de un breve terreno rodeado de piedras el fuego permanece cautivo, alimentándose de ramas secas que nosotros, sus carceleros, le arrojamos apenas para que no muera, y pese a su debilidad se estremece inquieto como un animal salvaje que nunca pierde la esperanza de atacar, de crecer.

El paso del tiempo ha hecho de la fogata una antigüedad, pues dentro del control que creemos tener sobre el fuego, otros artificios la suplen; para el viajero que acampa en la sierra existen parrillas y lámparas de gas gracias a las cuales no pasará hambre ni obscuridad. Si la fogata persiste es como símbolo, como ritual de confianza entre los hombres y la naturaleza, una alianza de poderes que se respetan mutuamente: los hombres preparan con detalle el espacio que será fogata, la naturaleza permite la existencia del elemento que todo destruye y lo cede al hombre en un acto de amnistía. Quienes rodean una fogata saben que algo los une, así sean desconocidos llegados por extravío o espectros que buscan contar su historia. A la luz de una fogata los rostros son honestos y cálidos, pues el regalo de Prometeo a la humanidad, en la remota mitología, también lo fue.

Las fogatas conjuran miradas; pareciera que el fuego las consumiese y que bastara con desviar los ojos hacia la luna o al horizonte para que su lumbre comenzara a extinguirse como animal herido: lenta, peligrosamente.



## HISTORIA

“La Historia es una pesadilla de la que quiero despertar”, escribió James Joyce. En primera instancia, debemos pensar que alude a la Historia que llamamos Universal, a esa chismosa amalgama de acontecimientos a la que Spengler le encontró un sentido morfológico cultural; esa carga informativa que nos ubica en la Realidad y que para los budistas no existe; la misma que los chinos modificaron para que fuera perfecta y honorable, lo cual no sólo es posible sino hermoso: la que para Schopenhauer fuera un deshilvanado sueño, en Joyce se convirtió a pesadilla.

Historia es una palabra íntima para el hombre reflexivo, comienza con la letra más abstracta del alfabeto; la que no suena, la que es corona de palabras inagotables como *hembra* y *humanidad*. Historia, indagación de sucesos que deben permanecer —por más de una razón— en la escritura y en la memoria; ejemplo de Schahrasad que cada noche adjunta a su narración el relato de esa noche, para no morir, para terminar siempre por enamorarnos: no es verdad que conocerla nos libra de repetirla; tampoco es cierto que ignorarla nos vuelve indolentes autómatas, pero, con o sin la intervención de los libros, la Historia pareciera ineludible, porque está en cada bocado que comemos y en el cambiante color del cabello de la persona a la que nos aferramos: Joyce quiso poder despertar, poder no elegir entre las pocas o muchas variantes que ofrece el existir en un punto y momento determinado.

O tal vez no. Quizá el deseo de Joyce fue otro: el Hombre fue un ser histórico a partir de la invención de la escritura; intentar deslindarse de la Historia es separarse de esa fase donde el Hombre depende y vive para la escritura. Joyce, que nos demostró cómo puede destruirse el lenguaje construyendo uno propio, aunque éste sea legible sólo para su inventor; Joyce, que dejó a sus seguidores la tarea de reconstruir el lenguaje, quiso despertar en ese vago momento que será la posthistoria.

## IMAGEN

Una muchacha mira por una ventana, puedo verla: su cara blanca ensaya una sonrisa. El cabello se le desliza hasta los hombros. Mira hacia la calle vacía; aún no me ha visto. Acaso la blancura del cielo nublado dé a su imagen un aspecto poco nítido, como un antiguo retrato invernal, porque la ventana enmarca su mirada y la vuelve más importante que lo que desde allá pueda mirar ella.

En la filigrana de sus cejas es posible encontrar la causa de su alegría o de su desconcierto. Sin embargo, pareciera no atender demasiado a sus sentimientos. Son ciertamente ideas las que dividen sus esperanzas. Idea: la imagen contiene imágenes.

Imagina para sí misma un pasado distinto al suyo, uno que se le antoja más interesante ante sus propios ojos y aunque ese pasado sea difícil de concretar, no deja de formularse y perfeccionarse a cada momento en su mente: imágenes que debieron ser y no fueron sino hasta hoy, en el reino de la fantasía.

Ahora un leve surco en su frente delata una concesión: imaginar es hacer trampa cuando se trata del pasado; cuando el tema es el porvenir cada imagen es un sueño, una promesa. Más: una profecía.

En su rostro ovalado se relajan las facciones, su cabello lo mece el viento con mayor facilidad y en sus pómulos se proyecta una ilusión: el futuro será el pasado que no tuvo. Pero ser ambiciosa es poco elegante: el futuro no será es-

truendoso, llegará calladamente y se instalará sin perturbar a nadie: será un mañana tan armónico que hoy mismo comenzará a acoplarse a los ritmos cotidianos. Estas imágenes hacen, a la vez, que la imagen de la mujer sea más hermosa. Nada impide que su honda belleza sea contemplada mientras algo no la perturbe: acaso sólo su ausencia puede destruirla, pues la obscuridad no haría sino crear el milagro de una imagen invisible.

Como un ícubo benigno, me prendo de cada detalle que la conforma, de la luz y del aire que la rodea, pretendiendo capturarla en el silencio de mi memoria, porque cada instante se pierde y porque la eternidad cabe en un álbum fotográfico.

Su mirada llega a mí y su sonrisa no se ha ido; quizá y apenas —como bien diría Pellicer— “la ventana que mira tiembla ligeramente”. Entonces, la imagen que ella hace de mí toma vida.



## INFLUENCIA

En el jardín botánico de Montpellier el festín de las plantas es un espectáculo silencioso que conduce al visitante por gozosos laberintos de aromas y colores. En la multiplicidad de senderos, de pequeños puentes y constantes bancas cabe olvidar el mundo exterior y suspender indefinidamente el tiempo, como si la temporalidad vegetal fuera otra y transcurriera indolente y salvadora.

Al recorrerlo, el caminante encuentra esporádicas láminas con versos de Gide y de Valéry entre otros: son versos que cada poeta ha escrito sobre este jardín en sus respectivas visitas. Coinciden hablando de matices, olores, pero también de la paz que brinda; de la meditación que surge; de la preocupación que desaparece; de los atardeceres que reconcilian. La historia podrá decirnos en qué estación de qué año visitaron cada uno el jardín y prever en sus versos el paisaje, pero nosotros, como lectores, podemos ver más aún: rastrear quizá, como policía fina, el trayecto que cumplieron, proporcionar el tamaño justo de cada árbol entonces pequeño o ya viejo, figurar los rostros de los jóvenes que encontraron en su andar. El discurso del jardín botánico no es diferente del que anuncian los poemas, sólo está cifrado en otro lenguaje. He aquí lo maravilloso: ningún poeta pudo evadir la enorme, envolvente, inevitable influencia que más allá de los ojos penetró por los oídos, saturó el olfato y sobrevino al tacto.

Quizá ahora mismo un nuevo poeta recorra el lugar; sé que sus versos no estarán muy lejanos de los ya escritos, no podrían estarlo sin desoír el discurso del jardín; pero sé que igual, este nuevo poema será también particularmente hermoso porque esta característica suscitan las grandes influencias: repetir cada primavera la singularidad de la rosa.

## INGENIO

El pasado de la palabra ingenio es tan remoto que se abisma en otra palabra antigua: la ingenuidad. Ya los latinos nos dan noticia de su significado al hablarnos del Genio o deidad personal (*genius*) capaz de engendrar (*gignere*) cuanto sea necesario y al cual posee o permanece en (*in*) la persona, que por consecuencia es talentosa y de buen talante.

Tal idea –por mucho, pagana– es seguramente más árabe que latina, dada la existencia de los míticos *Ginns*, irreverentes y explosivas deidades menores. Pero solamente para los griegos clásicos fue algo natural el ser poseído por un dios y actuar según su mandato: difícil para ellos hubiera sido creer lo contrario, y la sola idea del libre albedrío les hubiera parecido ingenua.

Si cada acto, hábil o torpe, bondadoso o malvado, era la efusiva intervención de un dios griego, no había entre los hombres ser más “embriagado de dios” que el enamorado: el amante. Pero esa embriaguez, aun siendo divina, no perduraba, y más temprano que tarde abandonaba a la persona, dejándola en su mediocre humanidad.

La naturaleza del ingenio ha sido históricamente distinta: la misma posesión divina, pero donde los hombres no eran instrumentos de los dioses, sino donde un dios servía de instrumento al hombre y ya no le abandonaba: el ingenioso se sirve de su intelecto con mágica facilidad como si un Genio lo respaldara para crear, pero sobre todo para triunfar sobre el sentido común de los hombres:

Orlando, el guerrero de Carlomagno, enloqueció de amor cual si Afrodita lo hubiera tentado; pero una vez recuperada la cordura, su pasión se desvaneció. Alonso Quijano, tras leer cientos de libros de caballería, parecería que enloquece, pero no; despierta en sí a su Genio y ya ni la calma ni la cordura le privarán de ser el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Hay dos ingenios en la historia de la literatura que siempre pesan, y son el del Quijote y el de Hamlet: El príncipe de Dinamarca finge demencia y tal actitud es síntoma del ingenio que despliega sarcásticamente ante Polonio, que atemoriza a sus amigos, desenmascara a su tío y enloquece —verdaderamente— a Ofelia. Es, a todas luces, un ingenio trágico. El Quijote no finge su locura, la asume como parte de su ingenio. Ya sea en boca del propio Quijote o en la memoria de Sancho, finalmente más que escudero, discípulo; igual siempre conciben la estrategia que opta por la vida y por la felicidad.

Poseer ingenio —digámoslo como metáfora o con puntualidad filológica, da igual— es un don del dios. Su cara opuesta es la ingenuidad, la ausencia del dios: es ahí donde la incapacidad de engendrar apela a un estado de virginidad física o mental, a una inexperiencia absoluta: el ingenioso siempre se impone y delata al opositor como ingenuo. Pero los extremos se tocan: el ingenuo, como lo era Alonso Quijano antes de leer apasionadamente, es el origen, el germen del ingenioso, del hidalgo caballero andante.

Con el paso de los siglos hemos dejado de creer en dioses y hemos depositado nuestra fe en las máquinas: hoy ellas son nuestras aspirantes a genios servidores, *Ginns* de poco carácter. Los ingeniosos se han convertido en ingenieros quienes, sin restarles mérito, lo que han ganado en técnica lo han perdido en sagacidad. No estamos muy lejos de novelar *Las aventuras del Ingenioso Molino de Viento de la Mancha*.

Evidentemente, la fórmula del ingenio no ha cambiado ni para Hamlet, deshojando libros, ni para el Quijote, amalgamándolos en grande delirio: no hay mejor camino para invocar al genio particular que todo lo resuelve, más que leer, leer y leer otra vez.

*A mis maestros  
David Huerta y Miguel Manriquez*



## JAMÁS

En los excesos está el porvenir de la felicidad. No es posible encontrar el justo medio sin tocar la demasía. Decimos jamás cuando sentimos haber llegado al extremo, aunque nuestros límites siempre están dispuestos a romperse; decimos *ya no más* cuando la saciedad se ha visto rebasada, cuando calor y frío excesivos se convierten en indistinto dolor: regular esa percepción es nuestra única alternativa de vida. Decimos jamás después de haber arribado al dolor, y la palabra es en sí misma ya otro exceso, otro dolor.

Jamás no es sinónimo de nunca; si así fuera, nunca diríamos *nunca jamás*, como si tal negación consiguiera duplicar la eternidad: jamás llega más allá que nunca: la trasciende y con frecuencia la traiciona, porque jamás no es una palabra, sino el fantasma de una palabra que se niega a existir, a ser cierta. Cuando decimos jamás, sabemos que su plazo es variable para cada cuál: es como decir muerte, olvido, distancia, cariño; nombrando así una voluntad que excede nuestras propias determinaciones, guardamos, cual cápsula de cianuro, un jamás sin usar bajo la lengua para casos extremos, para cuando nos convertimos en profetas de lo imposible: no sabemos lo que ocurrirá, pero estamos seguros de lo que no volverá a suceder; cada vaticinio dura un par de años o un par de minutos, décadas más, instantes menos, pero escaso es el jamás que el destino respeta.

Jamás es la carcajada incrédula del futuro y la más ambiciosa de las mentiras; es la falsa muerte de la esperanza y el milagro de tu voz en el auricular.



## LABERINTO

En Creta, sobre una aparentemente inofensiva explanada, mujeres ágiles danzan armónicamente: bajo esa explanada, secreto para el público, hay un laberinto; entre esos muros, eternamente perdido, está el Minotauro.

Rigurosamente, la construcción de tal edificio debió tener un orden lógico: primero el laberinto y después la explanada que lo oculta. Sin embargo la danza de las mujeres sugiere otro orden: que la arquitectura proviene de los movimientos que origina la música.

Las mujeres bailan y su paso deja una estela invisible que coincide con los muros que por debajo limitan y encauzan el tosco andar del hombre con cabeza de toro. Ellas trazan en el aire el laberinto que las sostiene. Así, lo que por arriba de la explanada es el camino de las bailarinas, por debajo son muros para el Minotauro, pareciera entonces que el sentido de su edificación fue inverso: primero se crearon las mujeres, la danza y el piso de la explanada, luego, como resultado, los muros que conformaron el laberinto y el ser que lo recorre.

Más que un cautiverio o que un artificio para la desorientación, el laberinto es una ética espacial pues impone al Minotauro por dónde puede caminar y por dónde no. Es también una división territorial entre el reino de lo visible (la mujer, la danza, lo hermoso) y el reino de lo invisible (el muro, el Minotauro, lo perverso) pues el laberinto toma su razón de ser de su contrario: la explanada.

Quizá el diseño de nuestros modernos laberintos, las ciudades, siga esta mecánica también: la cuestión es descubrir si somos cautivos desorientados como el Minotauro y entonces hay seres ligeros dividiendo nuestros espacios desde las alturas o si, tal como las bailarinas, al caminar por una calle creamos un muro más que cierra el paso al insospechado habitante de un profundo laberinto.

## LLUVIA

Ver llover es ver caer el telón de una obra teatral que hemos protagonizado; es oír en su rumor el aplauso de los espectadores fantasmas que presencian nuestra vida.

Porque no conocemos más final que la muerte, inventamos finales parciales que cierren pequeños ciclos: la noche concluye el día y en el sueño encuentra tregua la conciencia, así, la lluvia tiene ese poder retrospectivo de cierre y de balance en el que es posible lavarse las manos de lo pasado, grato o no; como si la lluvia no sólo mojara sino renovara la banqueta de nuestra alma, dejando el aire fresco y los colores intensos. Por eso ver llover, más allá de la melancolía o de la euforia que suscita, es importante: toda llovizna es un punto y aparte, un mínimo diluvio renovador, pero también el anzuelo que nos jala hacia el futuro.

La lluvia es la memoria del mundo: todos tenemos recuerdos relacionados con ella y solamente cuando nos empapa esos recuerdos llegan. El aroma del pasto mojado es una evocación de la infancia acaso común en sus variantes: para unos lo es la arena húmeda, la unión de la lluvia con el mar, para otros lo es el asfalto vaporoso que empieza a brillar como piedra preciosa: como sea, tiene todo un álbum de instantáneas sobre nosotros, porque a su paso la lluvia no borra nuestra huellas: las guarda para sí.

Enigmática como el mar y alevosa como el viento, la lluvia es una amalgama fantástica: un océano violentado por olas de aire, en las profundidades del cielo.



## MANSALVA

El origen de la audacia, la conquista, la seducción, pero también de la prepotencia y de la crueldad (es decir: el origen de la aventura) está en los actos cometidos a mansalva.

“Cada encuentro de dos seres en el mundo es un desgarrarse. Ven conmigo, conozco ese mal y estarás más segura que con ningún otro; porque yo hago el mal como todos lo hacen; pero a diferencia de los otros, mi mano es segura”, ha escrito Italo Calvino. Este es el discurso de Medardo, un personaje que se ha partido en dos separándose su lado bueno del malo: es la mitad perversa quien habla. Pero también la parte bondadosa del personaje hace el bien sin dudar, como si los titubeos y la tibieza de todo hombre provinieran de la eterna lucha moral entre lo correcto y lo que no lo es. De la violencia del hacer o no hacer surge el titubeo, la fuerza opuesta que anula la voluntad inicial. Pero en este personaje han sido separadas sus partes discordantes y desde ese momento ya no hay conflicto, la mano es segura: cada acto, para bien o para mal, es cometido a mansalva.

Los héroes de las leyendas siempre actúan a mansalva: cuando Orlando decide cruzar el mar, entra a las aguas en su montura y una vez ahogado su caballo sigue a nado; no piensa en el cansancio, en lo imposible de su meta. Cuando Hagen conoce el punto vulnerable de Sigfrid no duda y dispara su flecha a mansalva, sin importarle nada más que vengar a su reina ultrajada. Sólo una mano segura salva o golpea, acaricia o abre fuego: Tal vez sólo los ángeles y los demonios

operan a mansalva, porque en esta palabra no cabe la duda previa ni el arrepentimiento posterior. Porque actuar a mansalva no es el resultado de un vago impulso, es la posesión de una certeza.

## MEMORIA

No es el olvido sino el exceso de recuerdos lo que atrofia la memoria: uno cree destinar un lugar exclusivo para cierto recuerdo y tal es la disposición para traerlo al pensamiento, bajo cualquier pretexto al primer estímulo intencionado, que un tono de voz, el ensortijado cabello o la forma de unos labios delgados de mujer (por no mencionar lo que menos nos representa: el nombre). Todo eso que debiera evocar con facilidad a una persona entrañable. Pero pronto cada detalle resulta falseado por otros recuerdos de otras mujeres: entonces el color del ensortijado cabello es incierto, pues uno hubiera jurado que era castaño y hoy una inoportuna fotografía lo revela rubio; los labios son en la memoria ora más carnosos, ora más delgados. La voz presenta no sólo diversas pronunciaciones sino incluso conversaciones que en la realidad no debieron suceder.

Justo entonces uno sale a buscar las calles, los rincones, los parques que atestiguaron los días felices, pero cada calle tiene un recuerdo propio que declarar, y cada parque su versión de la historia. Todos hablan al mismo tiempo y los recuerdos se aglutinan en una sola persona que es amable y tierna, pero luego altanera y triunfante. Su cara son muchas caras, su cuerpo, inestable.

Uno conoció a tal mujer desde pequeña, pero entonces tenía hijos y marido. Era extranjera recién llegada aunque también creció aquí ¿Cuál recuerdo es ella y cuál no?

En el alud de recuerdos queda sepultada, confundida, disminuida la memoria de esa mujer inolvidable que probablemente —¿cómo saberlo?— uno jamás ha conocido.



## MERETRIZ

Palabra que, en boca de pocos, califica a la mujer que ha estado en boca de muchos: cristalina y frágil, parece decirnos muy poco sobre el oficio más antiguo del mundo, pues en su origen latino sólo habla de la mujer que se gana la vida por sí misma: aunque muchas son las palabras afines que, pudorosamente inexactas, tocan el tema: prostituir sólo significa exponer en público, y lo promiscuo no es otra cosa que lo muy mezclado; como si el lenguaje prefiriera cumplir su misión comunicativa manteniéndose al margen de los actos de los hombres.

De niño confundía la palabra meretriz con institutriz y con actriz: hoy veo que el error no era tan grave. La institutriz pertenece a un instituto; la meretriz hace de la lujuria un negocio, luego un oficio, y finalmente una portentosa institución. La institutriz ejerce la docencia; en ninguna sociedad es extraño que sea una meretriz quien inicie al joven en la mecánica del sexo. La actriz encarna un nombre y un rol que no le pertenecen, se imposta en un escenario y finge un acto dramático para deleite de terceros: la meretriz también oculta su verdadero nombre tras otro cualquiera. Su rol es ser nadie definido, su escenario es un cuarto de motel y su público es menos generoso. También es impostada, finge placer, y como la mejor actriz podría incluso fingir enamoramiento si el precio lo amerita y lo estipula el previo trato. Todos los días Occidente nos recuerda: “El amor no se

compra con dinero”, y todos los días circula en el mercado negro una versión del amor que es desechable y pirata.

La lujuria no tiene rostro, es un festín de y para cuerpos. No tiene pasado ni futuro, es una ansiedad de inmediatez: las meretrices sí tienen pasado y futuro, rostro y nombre y edad: renuncian a eso que es su vida, para vivir otra que las ata invariablemente a un presente incesante; un instante que se repite una y otra y otra vez hasta siempre, en el movimiento perpetuo de la libido.

El *Kamasutra*, libro viejo como el placer, advierte a los amantes: “Cualquier postura resulta insatisfactoria cuando el beso es imposible”. Por esto las meretrices venden lo más caro que pueden cada beso, porque saben que los cuerpos se asemejan, se confunden, caducan: los labios no; en ellos hay fragmentos de un nombre verdadero, hay pedazos de edad, por ellos circula el pasado y el futuro, de ellos se sujeta el hilo del que pende lo último que desearían vender: el alma.

## NAHUAL

En la estrecha división entre realidad y fantasía, sobrevive la figura del nahual: hombre con el poder de transfigurarse en animal. Este legendario poder, las más de las veces, es hereditario, aunque alguna historia refiere cómo un tigre lo otorgó al saltar siete veces sobre un hombre desnudo. No sólo son tigres, también leones, jabalíes, culebras, faisanes, cerdos, perros; pero sólo una figura pueden adoptar. Igualmente, ser nahual tiene sus riesgos y sus condiciones. En la mayoría de sus pericias terminan por encontrar la muerte a manos de algún cazador o de un rencoroso. Si son heridos siendo animales, al volverse hombres la herida los delata. Además deben obedecer una regla básica: no comer de sus presas, sólo la cabeza y la mitad del cuerpo, si la comieran completa, al transformarse de nuevo en hombres, conservarían la cabeza y pezuñas de bestia.

Sin embargo, estos personajes rara vez atacan a otro hombre y su depredación es sólo de animales que son su alimento; sus agravios son travesuras cometidas gracias a su aspecto incógnito. La filosofía náhuatl los tiene por seres burlones o magos irresponsables que utilizan su poder en trivialidades, pero también son naturales depositarios de un poder ancestral: son la otredad oculta de la humanidad.

Hay un mito paralelo que esboza con mayor claridad esa otredad y es el de las Tonas. Una tona es un animal con el cual compartimos nuestra alma al nacer; de ese animal depende nuestro bienestar y de nuestra salud depende la suya.

No es fácil distinguir esa alma gemela en un animal: si un hombre dispara contra un ave que es su tona, al matarla morirá instantáneamente él. Así, por cada animal que muere, un hombre enferma y muere también. Otras son las precauciones para quien sabe a su tona muerta: una es comer su carne cruda, la otra, calcinarla y untarse sus cenizas. A veces un hombre puede tener varias tonas y en la suerte de tres animales estar depositado su destino.

Los significados de las palabras nahual y tona son vastos y niegan una traducción precisa; son como la cultura precolumbina de la que provienen y nunca termina de mostrarse por completo. Misteriosamente, basta con encontrar en los ojos de un perro una terrible mirada humana; o recordar ese cuento de Lugones donde un simio moribundo pide agua como pidiendo vida, o mirar fijamente cualquier rostro humano para entrever el perfil de un animal que se oculta por el bien de todos.

*A la tona de Onarres.*

## NUBE

Las nubes aprendieron de las estrellas el arte de formar figuras, pero su carácter voluble les impide fijarlas más de un segundo. Con terquedad inefable, no cesan de mutar una forma en otra similar pero siempre inesperada: la figura de una lámpara se puede convertir en la de un martillo o en la de un barco, y éstas, a su vez, podrían parecer una mochila o una pistola o una cuna o un bastón... No sería extraño que alguien demeritara a las nubes comparándolas con una prueba de Rorschach donde el observador interpreta una mancha de tinta según lo dicte su creatividad o su esquizofrenia. Las nubes son demasiado precisas para eso, sus esculturas son breves pero colectivamente admirables. Por accidente al principio, intencionalmente después, he fotografiado nubes que aún me muestran sus rostros atrapados. Contemplar nubes no es sólo mirar al cielo, se precisa de un prado tranquilo dónde tumbarse y una persona al lado para que verifique nuestra cordura. A veces, las nubes configuran formas extrañas, inexplicables, formas que no existen en nuestro actual repertorio pero que indudablemente existieron o existirán: o quizá sólo sea una nube figurando ser una nube. Porque ellas no crean, repiten; son sabedoras de la historia del mundo y eventualmente se acuerdan de nosotros, como cuando nosotros nos acordamos de las hormigas.

Las nubes son árboles aéreos que igual multiplican sus ramas y entreveran sus diseños arabescos en un vaporoso

verano o se muestran disminuidas en un otoño pluvial; su raíz es su sombra, que sólo suelen depositar sobre tierra y agua fértil; pues no dondequiera germina una nube.

Vivo convencido de que la secuencia en sus formas, lejos de ser arbitraria, es como la Piedra Rosetta que revela un nuevo y vasto lenguaje: si la figura de un guerrero montado y a galope se convierte en el rostro de una anciana, algo significa: quizá debo leer “el guerrero se acobarda como anciana” o “el guerrero será sabio cuando venza sus ímpetus” o “la anciana recuerda a un guerrero que se marchó” o “toda agresión termina por serenarse” o “toda serenidad es un modo de la agresión” o...

Sé, además, que la conversación de las nubes no me implica ni corresponde; platican entre ellas mirando hacia abajo y proyectando sus pictogramas en el reflejo de algún lago: cuando intento traducir su discurso siento que intervengo una línea telefónica y que, imprudente, escucho asuntos ajenos: para colmo de mi triste modestia, descubro que ellas nunca me mencionan; a mí, que con tan sobrada frecuencia vivo entre las nubes.

## OBSCURIDAD

Por la noche persistente, por la breve ceguera que es el eclipse y el parpadeo, por la profunda caverna que a cambio de protección nos obligó a enfrentar las tinieblas, nuestra memoria más antigua es la de la obscuridad.

Inmerso en ella el hombre debió ensayar su primera palabra, pues debía convertir en sonido lo que a la luz fueron simples gestos. La obscuridad es el escenario de la introspección, de la noción de intimidad que nos lleva a la reflexión y al recuerdo; tal es la necesidad de recuperar ese mundo que desaparece al cesar la luz. Pero un aire de irrealidad flota en la obscuridad y esa recuperación siempre es parcial: la diferencia entre los sueños y la vida nocturna no es grande.

Los placeres sensuales tanto como las agresiones y los delitos son actividades donde la obscuridad es terreno fértil. También los miedos arraigados desde la infancia surgen ante esta ausencia de la visión: nuestras pesadillas están hechas de ruidos, de olores y de conjeturas porque en la obscuridad cabe todo: el orden y el caos, los monstruos y sus matadores. Porque la obscuridad tiene el poder de moldear nuestros recuerdos para convertir la nostalgia en repulsión y viceversa.

No es extraña la creencia de que nuestra alma está depositada en esa obscuridad portátil que es nuestra sombra. Desprendernos de ella equivale a abandonar el alma.

Es algo complejo amar a una persona; más sencillo y más holgazán es amar a una palabra: hoy, que es tan correcto

decir obscuridad como oscuridad, encuentro que la segunda me resulta una palabra mutilada, cuya negrura es más bien parda, cuyo silencio se anuncia tedioso, y sobre todo que no oculta tantas posibilidades labiales –acaso eróticas– en su pronunciación, ni tantos enigmas –mínimos o terribles– tras su escritura como los que contiene esa palabra amable o aborrecible, pero finalmente irrecusable que nombramos obscuridad.



## ORÁCULO

Desperté de un sueño en el que jamás cerré los ojos: duró algunas horas y pude, en la analítica vigilia, distinguir su origen, cada una de sus fases entreverándose, y su abrupto final. No recuerdo colores ni argumentos coherentes; fue como pasar saliva o fruncir el ceño, pero supe que algo me había sido revelado en un código cuya clave aún debía averiguar.

Busqué un oráculo, pues tal mensaje debía ser sobre el futuro: solamente creyéndolo así pude hacer que resultara atractivo para mi memoria. Recordé al mayordomo, Bette-*red*ge, personaje de *La Piedra Lunar* que encuentra solución a todo problema en sus relecturas del *Robinson Crusoe*. Pensé que no era necesario ir demasiado lejos —porque hoy todo libro está distante— y que hasta en la cara interna del filtro de un cigarrillo podía encontrar una respuesta.

“El mensaje está inscrito en tu iris —me dije. Donde quiera que tu mires, respuesta has de encontrar, mil veces repetida, en cada parpadeo: favorable o no, sólo a tu destino le es propicia la cuita de suponer si decides proseguir donde te has querido detener.”

Tomé un libro al azar —ya había ido demasiado lejos— y lo abrí siguiendo las instrucciones que ignoran la existencia del azar. La solitaria página decía:

Serás como el pájaro que cae por querer volar demasiado pronto.

Luego, todo indiferencia, el oráculo enmudeció.

Ahora, como al principio, mi destino es una metáfora y yo seré el último en comprenderla. En ese destino las palabras cautela y cobardía se confunden, audacia e imprudencia se alternan en un crucigrama insoportable: En ese destino la misma palabra que me retiene es la que me libera. De nada vale descifrar un sueño si al momento la vigilia se codifica. De nada sirve conocer el futuro si el presente se convierte en un abismo insalvable. Cada oráculo es una ironía de la fe, y cada muestra de fe un mandato oracular.

Pero ahora sé que soy menos que antes, no sólo desconozco mi sueño, desconozco también mi persona: consultar un oráculo es diluir el ayer en pos del mañana. Me he convertido en el misterio que quise disipar. Sólo me queda un porvenir. Sólo me resta encontrar la señal, la boca, el lunar que me diga: *Es demasiado pronto.*

Hay un libro que sabe lo que voy a hacer.

## PLAGIO

Denostar el plagio equivale a vivir con el pueril temor de ser intelectualmente timados, a no reconocer como lectores las memorables palabras de un escritor en boca ajena, o participar de la desahuciada creencia sobre la posesión de las ideas y –peor aún– de las palabras.

Autores del genio de Alejandro Dumas demostraron sin tanta alharaca que plagiar un texto es un arte tanto o más complicado que su propia escritura, y resulta evidente que para plagiar en pro de la literatura se requiere sensibilidad y astucia; nada más patético que aquel plagiario de las torpezas de otros. Además, plagiar exige el desapego a la vanidad de la creación, esa vanidad donde es preferible generar basura que sea muy propia a tomar nota de la inteligencia ajena: el buen plagiario coordina, es equiparable al director de orquesta que sincroniza el anacrónico concierto de los textos, en buena medida plagiar es una utopía porque consiste en apropiarse a nombre de todos lo que por naturaleza no le pertenece a nadie.

El *Cyrano* –valga decir, grotesco– de Rostand, se alegra al saber que Moliere le ha plagiado con fortuna una escena teatral: “porque Moliere tiene genio...”, dice el moribundo Cyrano. Hacia 1860, Nathaniel Hawthorne señaló en una curiosa nota no exenta de orgullo el argumento que Dumas le plagiara: “El experimento del Dr. Heidegger”. El tema plagiado versa sobre la fuente de la eterna juventud y quizá esta coincidencia no sea fortuita, quizá en el plagio se oculte la

clave de la eterna juventud de la literatura; quizá al plagiar y ser plagiados algo de nosotros finalmente sobreviva en una inmortalidad donde nuestros nombres ya no estorben.

## POSESIÓN

La parábola que esboza el proceso de la posesión no es a fin de cuentas sino un asunto de balística.

Inicia con la ascendente plegaria del querer, disparada un poco a ciegas y otro tanto en defensa propia, y se formula la conjetura de un deseo cada vez menos futuro. Sombra envolvente, como la de un furtivo eclipse, que va sepultando todo lo que rodea a aquello que deseamos tener: poseer es derramar el fuego en la sedienta llanura de lo posible. Lento o no, el avance del proceso posesivo nunca se trunca ni queda inconcluso: ignoramos nuestra propia capacidad de posesión, pero siempre terminamos por averiguarla.

En el cenit de la parábola, su alto vértigo nos impide definir si al fin poseemos o somos poseídos: si en adelante los papeles cambiarán y el poseído comenzará a ser poseedor. Es como el proyectil que a medio camino pudiera reconsiderar su dirección: llegar, volver o caer olvidando toda puntería. En ese peligroso y veloz titubeo radica el mayor placer de toda querencia.

Pero a todo punto culminante le procede una sucesión de puntos degradados que implican un despojo: atravesado el blanco, el deseo lanzado pierde el control y la voluntad, la feliz fusión se convierte en desconcertante fisión. La pertenencia se aleja del poseedor y, punto por punto, cada uno deja de ser lo que ha sido. Todo se disgrega en otra ilusión más engañosa aún; la del abyecto universo de lo individual,

donde nadie posee nada y nada es poseído; donde cada cual es dueño de sí mismo.

Balística. De la tiranía al reinado, del esclavo que huye a la mujer que se entrega, de quien se recarga contra el paredón a quien descarga el fusil, sólo la bala busca dueño.

## PUENTE

Desafiando los elementos de la naturaleza, el puente une la tierra que deseó separarse, esquivo con estática agilidad el arrollador paso del agua, parte el viento y soporta el acoso del sol.

Símbolo del atajo y de la transición tanto física como mental, el puente es el triunfo del ingenio del hombre sobre la rudeza del terreno. Construir un puente es conquistar la orilla alcanzada, destruirlo es rebelarse a esa conquista. En alguna leyenda, el Diablo no consiguió terminar la construcción de un puente en una noche y en esa apuesta se salvó un alma del infierno, en otra muy distinta una audaz esposa incendia el puente que construye su marido para salvarlo del deshonor, pues lo construye erróneamente.

Soñamos con un universo de puentes donde se unen continentes, mundos y galaxias: los deseamos incluso como construcciones naturales, desde el estrecho de Bering hasta los agujeros negros nutren ese sueño.

Los puentes colgantes, con toda su barbarie, son ya un refinamiento de la civilización. Los acueductos son puentes que construyen los ríos para eludirnos a nosotros los humanos, airoso y soberbio. Los muelles son puentes cuya orilla se les escapa mar adentro. Los puentes techados van más allá al ser un túnel y un pasillo y una choza y un borrón en el paisaje y el olvido de lo que es un puente. ¿Qué es un puente? Ese sendero que no se bifurca y sólo propone el

avance o el retroceso, excepto, quizá, los puentes levadizos, que por un absurdo instante ofrecen la ruta hacia el cielo.

Entre las incontables formas del suicidio, arrojarse de un puente es más que una facilidad, es cruzar velozmente a otro puente, de aire, que lleva de la cordura de vivir al vértigo, a la pasión por la muerte.

Arrojarse es descubrir que todo puente es un homenaje secreto, un velado monumento al precipicio.



## ROCÍO

Palabra intensamente femenina, que tiene alma de varón; es amiga de la noche y de las flores; menosprecia a los románticos que con sus serenatas y ramos todavía no saben que no regalan sino rocío.

Luna, cápsula de ensueño y de humedad, pupila, molde cristalino que da forma a la rosa, límpido sudor de sombras quietas, son los nombres del rocío. Sólo de noche el mundo recobra su forma antigua, de duda y extrañamiento; tierra casi ingrávida, egocéntrica, infinita, y sólo en la noche el tacto existe por el rocío, lo demás es ilusorio: el oído deserta y los sonidos conspiran contra la vista; el grillo no es sino su canto y la araña teje un tramposo silencio. El gusto y el olfato se separan como amantes rencorosos y en su furia delirán: quisieran que los aromas fueran canciones inolvidables e irrepetibles; y que los sabores fueran imágenes: colores dulces como el de unos labios, o colores amargos como el de la silueta que se aleja. Pero siempre queda el translúcido color del silencio; expectante y comprensivo a la vez; el silencio que es tregua conciliadora o estrategia de guerra; el silencio que nos ampara es la proximidad del beso como la proximidad de un libro en la obscuridad: objeto inútil cuya cercanía nos hace felices: de noche no hay más libros que los que están hechos para soñarse: palabras escritas con rocío.

Pero la naturaleza nunca es autocomplaciente, y no oculta su dolor: lento llanto; lágrima, sin ojo y sin pena, es el rocío. Gota de agua que se sabe vapor, nube, lluvia y río;

todo el mar y sólo una gota de agua: cuando el viento consigue moverla, su paso traza una línea kármica, como las que exhiben nuestras manos.

Amar el rocío es asumir la religión de las luciérnagas. Es entender por qué el Tiempo de día es tortuga y de noche es Aquiles.

## RUBOR

Quiso un rubí –nada más que una piedra de endurecida indiferencia ante el cortejo de los milenios– donar su color a la palabra que nombra el descubrimiento, asombro y confirmación de una esperanza.

Síntesis del arco iris, el rubor ilumina una osadía que no conoce la luz. Detrás de ese sonrojado velo hay algo muy distinto a la timidez, la inocencia o la vergüenza: está el brote de algo aún no bautizado que mañana será virtud o perversión. En ese espejo ahumado que es la introspección, el rubor no es un color sino una sombra, un sitio impreciso y veloz donde se condensan atracción y repulsión: un arco reflejo que al negar y aceptar a un tiempo anula todo movimiento y lo convierte en imagen, instantánea aunque inolvidable.

A mitad de la noche, el rubor se llama aquelarre, fogata rodeada de mujeres desnudas que en el ajetreo de la danza aspiran a brujas, mujeres en busca del demonio que las libere para siempre de todo pudor, que les exorcice el rubor del rostro definitivamente.

A mitad del océano, el sol ruboriza al mar, pero tan sólo es el reflejo de la inflamada pasión del primero; quizá siempre sea así y cada ruborización no sea sino un gesto que ocasiona la mirada ajena a fuerza de deseo.

A mitad del paraíso el rubor es un fruto del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal: si la serpiente indujo a Eva a

probarlo fue sólo para contemplar el sonrojo de una mujer que hasta ese momento no sabía que lo era.

A mitad de la calle, a mitad de mi vida, encontrar el rubor femenino es hallar una marca en el mapa de las estrellas fugaces; una luz roja que sólo yo detecto y me dice que vaya con cuidado, que piense bien el siguiente paso, la próxima palabra, pero que no por ello me detenga, que se confía a mí: pues el rubor no es un elogio para el que lo suscita, es un acertijo por descifrar, donde cada mujer es una enigmática Esfinge y cada hombre un trágico pero puntual Edipo.

## SENTENCIA

Promesa alevosa y prepotente, sentenciar es emular una actitud todopoderosa. Por una parte, en labios de un filósofo, es establecer una verdad absoluta, una máxima de la sabiduría humana que nos dice no sólo cómo han sido o cómo deben ser las cosas, sino cómo serán, pues tal aseveración parte de un conocimiento que va más allá del individuo y envuelve en su despliegue a todos los hombres de todos los tiempos. Por otra parte, en labios de un juez, es decidir un destino irrevocable que priva de la libertad o de la vida a cualquier infractor de alguna ley, de algún código.

Las sentencias tienen algo de divino, o al menos de sobrenatural por lo infalible de su pretendido carácter: son un poco premonición en su conocimiento del mañana y otro tanto como una maldición externada con aparente justicia. Pero la premonición y la maldición, como las promesas, tienen algo de ilimitado, de inmortal; las premoniciones son esperadas sin saber cuando comenzarán a ocurrir, las maldiciones ocurren y no hay manera de prever su final: la promesa, en el colmo de ambas condiciones no pretende informar cuándo ocurrirá ni cuánto durará. En tales términos, la sentencia es anticlimática: anuncia su principio y su fin, requiere de límites para existir. La sentencia literaria especifica a sus participantes, la jurídica, la magnitud de un castigo. Es, también en estos términos, más ambiciosa, mas implacable y más perfecta.

Cada que un filósofo o un juez dictan una sentencia, el mundo entero titubea; parece intentar detenerse y preguntarse si no habrá convocado un oráculo impertinente: si cada resolución, cada verdad sentenciada es una decisión y una revelación divina, o una fantasmagoría de la sociedad. Pareciera preguntarse si al sentenciar nos asemejamos más a la omnisciencia de Dios, o al mono que delira por una fiebre llamada Pensamiento.

## SOMBRERO

Es lamentable el olvido casi completo del uso del sombrero, fenómeno sólo explicable mediante la inevitable impostura que es la moda y otras necedades como el afán de modernidad. Con prepotencia evolucionista, al final de los tiempos sólo sobrevivirán los más fuertes pero no los mejores: las cucarachas y las cachuchas.

El sombrero, más que un ornato, es una herramienta: un encendedor, un llavero o una billetera son sus parientes más próximos que un suéter o unos calcetines. Un sombrero es una coraza protectora; reducto último de la armadura medieval, o mejor visto, el sombrero es un casco para los tiempos de paz.

Este artificio es capaz de convertir en elegante al hombre más agreste y en enigmática a la mujer más predecible, y es que más que nobleza, el sombrero otorga civilidad, aunque sea precisamente un aspecto de la civilización el que lo ha descontinuado, perdiendo así, además de una costumbre, un lenguaje: la cortesía, el cortejo, el enojo y la determinación antaño hallaban expresión mediante el sombrero. Pero lejos de la inútil disputa social sobre ser masa homogénea o heterogénea al vestir, el sombrero perdura en su indiferencia más allá de los avatares de la moda. Finalmente, un sombrero que nos agrada y sienta cómodamente no revela de nosotros lo que somos o, menos aún, lo que quisiéramos ser: es más bien como una bandera endurecida que desde lo más alto de nuestra persona anuncia —ora un ataque pirata,

ora una señal de sumisión— las estrategias en que nos hemos convertido.



## TÁCITO

Algo nos dice esta callada palabra, algo que debemos inferir, deducir o adivinar.

Síntoma de nuestra época; hoy que es tan fácil comunicarse con los demás, que basta oprimir una serie de botones—sean de teléfonos, de timbres en puerta, de interfonos, de contestadoras— para que surja la voz o la imagen de quien habrá de escucharnos y hablarnos; hoy, que somos capaces de articular cientos de palabras sin llegar a expresar algo mínimamente genuino como el gruñido del cavernícola; hoy que vivimos en el imperio de la información, callar resulta propicio. Como un virus que contradice las leyes del organismo que lo contiene, el silencio aflora tratando de imponerse ante la dictadura del lenguaje.

Surge así el espíritu taciturno que hace un siglo fuera peculiar defecto del antihéroe ensimismado y hosco, pero que ahora resulta evidente, novísimo y caduco como ruinas entre la maleza. Así, integral en el ánimo de cada vez más ciudadanos modernos, aprendemos a callar.

Pero primero entendamos al espíritu taciturno, analicemos su mustia forma de operar, interpretemos lo que no dice: ha nacido ayer, recién despierta y no comprende el mundo. Piensa que aún mientras permanezca callado los demás podrán conocerlo y comprenderlo sin necesidad de que se anuncie o se explique. Confía en que mientras se niegue a usar las palabras otras formas de comunicación se practicarán a su alrededor. Ha oído hablar de la frenología, que revela el

carácter de una persona mediante la forma de su cráneo; confía en que los quirólogos sabrán leer sus manos mejor que las gitanas su futuro; deposita su fe en que cada prenda que vista revelará, a quien lo observe, su modo de pensar y su situación actual. Dejará que las líneas de su rostro manifiesten sus estados de ánimo. Buscará que cada movimiento evoque su pasado: cada noche de aventura y cada día de tedio, bonanza y desgracia.

Para qué hablar —se dice— si la mirada sabe ser profunda, inquisitiva, si parpadear o mirar de reojo es crear un nuevo código Morse con el cual pedir auxilio, exigir atención o declarar un sentimiento. Aunque el espíritu taciturno ignore que en el reino oral todos son ciegos: nadie comprende aquello que no escucha y las imágenes suelen perderse en el pozo de la inconsciencia: ahí, una verdad demasiado sutil y silenciosa es más bien una mentira.

Si el espíritu taciturno, desde la isla en que se ha convertido, arrojara al mar una botella que contuviera su secreto y lejos en otra orilla, alguien la encontrara, vería al descorcharla que la botella está vacía, pensaría que sólo es basura.

## TROMPO

Quizá todo el mundo conoce los trompos y describirlo sea un gesto de ingenuidad. Cuando yo era pequeño el trompo era –seguramente sigue siendo– un juguete barato: el común era de plástico de colores opacos. Pequeños e irrompibles, objetos hechos para arrojarse contra el suelo, pero no como quien arroja una piedra para matar un alacrán, más bien como se lanzan las piedras oblongas a la orilla de un lago para que reboten haciendo *patitos*. Igual, pero la cuerda le da una gracia inusitada, delimita el área de la caída de aquello que has arrojado con tanta fuerza y cae solamente a metro y medio de ti. La cuerda transforma la literal caída en corto vuelo, el trompo se desenvuelve como un yoyo arriesgado que no piensa regresar y corta el aire como un falso zumbador. Luego realiza un aterrizaje perfecto sobre su punta metálica en cualquier superficie y causa la envidia del balero que siempre debe caer donde mismo: arrojarlo, ponerlo a bailar sobre la propia uña como bailan los ángeles en la cabeza de un alfiler, contemplar su efímera vida de movimiento para luego volverlo a enrollar en la cuerda como a un muerto que vendamos para momificar buscando, por el contrario, volverlo a la vida, al giro erguido que es su vida.

Sin embargo, la mañana en que mi padre regresó de un viaje realizado a Paracho y me mostró el regalo que me traía, mi vida entera dio un giro. Me regalaba el trompo más hermoso que jamás había visto: era de madera –cuando sólo los conocía de plástico– y no era opaco, la laca lo

hacía brillar, negro como obsidiana, delicadas grecas circundaban la pieza entera. En su parte superior, donde se debía atorar la cuerda, el trompo se dividía unido sólo por tres soportes, dándole además un aire de ligereza, casi de fragilidad. La punta era de acero, la cuerda también estaba nueva, blanca, flexible pero no aguada. En suma, era un trompo hecho a mano y destinado a las inclemencias del juego, pero hubo para mí un enorme impedimento: su belleza.

Apenas lo enrollé en la cuerda, alcé la mano para arrojarlo y no pude hacerlo, temí maltratarlo. Me pareció injusto que a fuerza de caídas se amellara su capa de laca. Ya no era un trompo, era una joya, una suerte de diamante. Me deleitaba mirarlo, sopesarlo, detenerme en sus grecas, imaginar que eran jeroglíficos de una civilización perdida, pero mientras encontraba para mí la Piedra Rosetta que me revelara su significado me apliqué a jugar canicas y fútbol.

Muchas noches soñé cómo se vería mi trompo girando. Sólo en sueños me atrevía a lanzarlo, sólo a sabiendas que era un sueño, que el verdadero estaba a salvo. Pensaba que quizá, una vez en movimiento, la filigrana del trompo me hubiera revelado algo, una palabra, su verdad.

Nunca lo sabré, cada vez el sueño me revelaba una palabra distinta: ahora comprendo que lo había convertido en un oráculo complaciente. La única verdad era que en su estática belleza estaba cautivo algo más importante que el juego en sí: un misterio.

## UNIVERSO

Palabra hecha de todas las cosas creadas y de todos sus nombres. Abstracción mayor de inventario no existe, porque fuera de la palabra universo no hay otros objetos ni palabras para nombrarlos.

Como arquetipo de la cosa, la palabra universo no cesa de expandirse, sus letras cada vez distan más unas de otras, como las estrellas, y en su creciente conjunto entra cualquier agregado, porque es un grupo inconcluso y voraz, como un agujero negro que es devorado por otro que es deglutido por otro que es ingerido por otro, hasta el infinito. O tal vez no. Si el lenguaje tiene un límite es señal de que el universo también lo tiene; como si la ausencia de palabras pudiera frenar el acto de la creación. Una certeza evidente para el hombre es que no existe la expansión del universo si no se expande simultáneamente el lenguaje. Aunque quizá el encanto de la palabra universo radique precisamente en agrupar aquello que está más allá de nuestras pobres nomenclaturas: la imaginación enloquece al saber que un sólo término pueda nombrarlo todo, aunque esa palabra, casi tramposa y casi dogmática, incluya a tantas otras que nos consuelen: el universo es toda materia, y la materia es la *mater*, la madre; es decir, el origen pero también la permanencia; destino y destrucción: todo, incluso la ausencia, la opulenta nada.

Cada conjunto determinado sugiere a otro indeterminado: si la palabra universo contiene lo creado; otra pala-

bra, eternamente inombrable, contiene lo no creado. En esa  
conjunción imposible está el Creador.

*A Constanza*

## VANIDAD

Sufro, doctor, un mal tan espantoso, inversamente proporcional a este rubicundo rostro mío. Todo me causa encanto y atractivo; me importan demasiado mi nombre y mi suerte. En una infinita pasarela luciendo muero, y es mi única ilusión el ser perfecto. Me duele el lustre de mis zapatos, me molesta lo laborioso de mi aspecto: lamentan mis ojos el duro suplicio de los pupilentes y mi rostro abomina la mascarilla pétrea de la pulcritud. Mi mesa, siempre tan bien servida, ha desterrado la gula de su reino. Los licores se han enclaustrado, indignados; mi tabaco se seca de olvido, mis pipas se empolvan: todos los vicios que cultivé tan amorosamente hoy viven su propia decadencia.

Nadie, doctor, ha podido ayudarme. Nadie ha podido evitar que amanezca corriendo en pos de fortaleza física; que cada mañana transcurra queriendo aprender, con torpeza y terquedad, algún idioma, alguna historia, alguna habilidad inusitada; que cada tarde sea la compulsiva pesadilla de podólogos y peluqueros: ya no visto por lo que quiero ser, sino que quiero ser para vestir. ¡Ay!, si los maniqués hablaran, escucharía de ellos esta misma maldición: lo impecable es pecado y penitencia a la vez. Si yo tuviera mi antigua alma, la humilde, la que reía con desparpajo, la que no pensaba solamente en sí misma.

¿Que viaje y me distraiga, doctor? Si ya he viajado. ¿Que lea? ¡Tanto he leído! ¿Que me ame una mujer? Muchas lo han hecho. ¿Adquirir un título? Noble y rebelde he nacido.

¿Ser pobre? Si lo fui, lo he olvidado. ¿Escuchar lisonjas? ¡A cada maldito momento! ¿Que si tengo hijos? Sólo mis espejos. ¿Yo, visitar cementerios? Mucho: en ellos entierro mis secretos: sólo los muertos son discretos confidentes. ¿Tener testigos de mi vida? Sí, pero no permito que me impongan guiones: en el drama de vivir sólo los difuntos y yo actuamos, los vivos son espectadores.

¿Le dejo perplejo? Yo era modesta y parcamente feliz como son los felices verdaderos; hasta que una visión desató en mí una amarga e infinita sed de perfección. Ella tenía la veloz figura de veintiún veranos, su piel era blanca y fresca a la vez, como el agua antes de ser nieve y la nieve antes de ser agua; su cabello era de ámbar y crepúsculo, su mirada volvía valioso cuanto tocaba; sus labios fueron siempre una palabra oculta, un sueño feliz que luego resulta imposible recordar, y su voz, un monumento a la sencillez. Engreído —enfermo—, la elegí de entre todas las mujeres, como la afortunada y secreta dueña del mundo: amar es nombrar a la representante de todo un género. Fue inútil, como espejismo en el desierto, al acercarme, se difuminó. Sólo me quedó mi vanidad, que es una forma de la tristeza.

¿Me dirá qué tengo? ¿Me dará un consejo? Dice usted, —incansable citador de poetas— que “me duele una mujer en todo el cuerpo”, que debo ser una Bestia repudiable para entender el desdén, para enamorar a otra Bella. Así, doctor, no me curo: ¡Ya soy un monstruo ególatra! “cambíadme la receta”: construya una mujer para mi infame especie, pero que su vanidad no supere la mía, y su belleza no le pertenezca; sólo así podré contagiar a su indefenso corazón esta soberbia de amarme.



## VEJEZ

No envejecemos, nos vamos convirtiendo en un mapa de difícil lectura, hecho de piel curtida en el cual las arrugas prefiguran bosques, sierras montañosas donde altura y precipicio se dan la mano, donde cada lunar es una isla, cada cicatriz un río, cada mancha un mar. Entonces es mentira que la vejez nos debilita hasta el llanto y no es tristeza la que precipita la lluvia, inunda las mejillas desérticas y blanquea las heladas cumbres de los pómulos: es el recuerdo de veranos pasados, de ajetreos que se secaron en otoño, de dientes que fueron rocas inamovibles y ya sólo son guijarros; es el afán que fuera exceso y hoy es una moderación que no retoña. Por eso es mentira que sufrimos, sólo se trastoca el clima que creímos invariable, y el frío se siente en las capas geológicas del hueso: la rotación se vuelve cada día más lenta, la traslación es casi imperceptible y los años tardan siglos en cumplirse. Luego no es cierto que enfermamos: por la noche, entre sueños, oímos los relampagueantes estruendos de un dolor que se aproxima; a veces tiembla de tos el pecho, o se nubla el pensamiento, y una abrumada mano busca urgente el interruptor del amanecer, busca el consuelo que dan las formas y los colores. Entonces es falso que perdamos los sentidos, si es la flor la que se vuelve inodora, y es la luz, que antes permitía ver, la que ahora ciega; es la lluvia la que al mojar ya no acaricia, sólo amenaza con borrarlo todo de un golpe, y son las novedades los elementos de un tedio interminable. Porque no olvidamos nada: los rostros son los que se

desdibujan, los nombres los que se pierden en un rumor de insignificantes sonidos; son las fechas las que están cansadas de repetir sus monótonas efemérides, y finalmente desertan de la memoria. Es, pues, un error creer que nos preparamos para la muerte, cuando son ellos, los muertos, los que nos visitan cada atardecer, acostumbrándonos a su presencia cual luna llena; mudos y atentos, cariñosamente distantes. Concluyo, al fin, que no morimos; que esa gama innumerable de señalamientos geográficos y atmosféricos no desaparecen cuando el mapa se pulveriza, porque finalmente el río, la montaña, el clima, todo existía antes y por encima del mapa, aunque esté próximo el momento en que ni un alma habite ese planeta que fuimos a fuerza de respiros; ese planeta siempre obstinado, siempre demasiado joven.

## VELA

Varilla de cera (que puede tomar forma humana, que puede imitar la vida por un instante) cuya mecha que emerge de su vientre alumbra (da a luz, paridora del fuego). Aquí comienza todo:

En las velas se cifra el único Tiempo que importa al Hombre; la edad. Significan seducción cuando iluminan una cena. Son la bandera del erotismo en la penumbra de una alcoba, el símbolo de la fe en el altar de una iglesia. Entre una vela y un espejo está el misterio de la magia y de la visión que puede enloquecer a cualquiera. Es de una vela la última luz artificial que ilumina un cadáver antes de penetrar en la eterna obscuridad del sepulcro.

No solamente un objeto, la palabra en sí es un punto concéntrico de bonanzas y desventuras: Es por una vela de barco que los hombres conocieron el mar y otras tierras, y escribieron sus narraciones que a la luz de una vela de cera leyeron nuestros antepasados y pudieron también conocer el mar y otras tierras. El viento odia las velas, destruye cuando puede las de los barcos, apaga las de cera: cuando el viento supo que Ícaro volaba con alas unidas a su cuerpo con cera de vela, lo sedujo acercándolo al sol. En “Viaje a la semilla” de Carpentier, el que una monja encienda una vela con los dedos es señal de que el mundo entero retrocede. Para Macario, de Traven, la existencia de cada hombre está representada por una vela que se consume.

No sólo la palabra, el acto que cabe implicar: velar es sustancial. En un texto de Hawthorne una mujer vela el sueño feliz de otra mujer porque teme que al despertar sea desdichada, pero es precisamente ella, la veladora, quien la despierta con una lágrima.

Las velas derraman lágrimas de cera; sospecho, por ese símbolo, que hay lágrimas capaces de encender una vela.

## VIGILIA

... como espuma, que apenas y perfila el par de huellas en la arena perpetradas por los días, y no cubre los resquicios ni les otorga compañía, pues la espuma se sabe fugitiva. De nada vale cambiar el ritmo del paso si es la mirada siempre quien primero llega en su montura cristalina: el viento. Si la noche, aún cargada de sueños poderosos, no consigue hacer pelear a los vencidos ojos; y las batallas que libera el sol en su resplandor son puro y sombrío desdén de un cariño viejo: romance entre las pupilas y el inventario que la luz hace de todos los objetos. Es inútil sitiar la fortaleza desarmada de un cuerpo dormido, aún más vano chapotear las impasibles aguas del arroyo de los sueños, pues la noche —mundanal vaticinio— es la engañosa llave que sólo sirve de día, y cada estrella emite, menos como faro que como náufrago arrojando mensajes embotellados al negro océano del vacío, su oscilante luz que en clave Morse repite: *la vigilia sólo es violenta si con ella también perezco.*

Sé que la vigilia es una suma de hábitos y la exclusión de objetos imposibles. Portentoso listado de todo aquello que ya no nos asombra, porque lo maravilloso siempre lo acapara la noche, la fantasía, la inconsciencia: vigilia es la amistad cotidiana que brinda la realidad; el remanso de lo razonable: es correo postal, es cepillo de dientes, es la moneda en la mano del chofer del transporte público, es el hambre y el humo, la involuntaria custodia del orden, el torpe aterrizaje de un albatros.

En la vigilia no hay retos ni afrentas verdaderas; podrá haber miseria o alegría pero los horrores y los goces capaces de enloquecernos permanecen al margen, acechando desde los recovecos que la vigilia no abarca; arriban siempre como polizones en el alma; atacan invariablemente por la espalda.

Pero hoy la vigilia ya no es más ese otro sueño que continúa intermitentemente entre parpadeos. Hoy amanece, y nadie en el mundo sospecha de cuál historia es fin esa luna, que se va difuminando, como espuma...

## ZOZOBRA

*Para yacer en el lecho de mi derrota,  
falta aún encarar la suma de los peldaños.*

Epifanías clausulares  
ORFEO LÓPEZ SALAZAR

Nada más atractivo que esos riscos: el canto de los arrecifes embriaga más que el de las sirenas. Navego hacia la tierra del naufragio, no buscando el suicidio sino quemar las naves de mi circunstancia; espero que entre las rocas surja el chispazo de agua que averíe mi necia ruta y envuelva este barco mío en llamaradas de agua salada. Navego; me apresuro a encontrarme con el avión kamikaze que me hunda. Preciso perfeccionar su puntería. Lo aguardo y lo procuro con los brazos abiertos como el primer forcado de la fila recibe al toro de lidia: mi pecho amortizará el golpe de su ciega frente y me prenderé de su cuello. Sé que necesito ser traicionado para abominar de esa confianza en la vida que merma todo destino; y es la Naturaleza la traidora idónea: sean las leyes de la física las que pongan el casco por encima de la cubierta: sea mi zozobra digna de una explicación.

No es distinto el barco que se va a pique del dirigible que soltando peso se eleva. Los dos se alejan en direcciones opuestas, los dos pierden tierra, naufragan a su modo en profundidades diferentes, los dos viajan a los sitios que no aceptan pasajeros.

Zozobrar es viajar; una prolongada partida hacia la dispersión. Quizá el fin último de todo viaje sea encontrar este contratiempo que anula el tornaviaje. Magallanes supo que al otro lado del globo estaba su muerte, y que esta era inabarcable. Tal vez en ese sordo aviso geográfico se anunciaba ya el fracaso de las matemáticas ante la circunferencia, y *pi* sea la zozobra de un Magallanes numeral que en su naufragio no termina nunca de definir su viaje circular.

Viajar es zozobrar a cada paso, es comerciar en desventaja con el mar; intercambiar los flotantes viáticos por fatiga y desesperación; renunciar a todo equipaje: acaso también dejar la memoria como estela espumosa y el lastre del nombre. También dejar atrás el cuerpo con tal de viajar más liviano. A cada brazada mis brazos serán otros y, por cada bocanada de aire, un nuevo nombre bautizará mi novísima memoria. Tanto requiere hundirse que naufragar es un milagro que no consigue un hombre solo. Acaso juntos lo lograríamos, quizá hace mucho que conseguimos que el planeta entero naufragara y no nos damos por enterados, mientras el mundo se hunde por los abismos del cosmos.

No hay mayor ansiedad que la de saberme completamente a salvo; por eso naufrago voluntariamente en el vasto y plomizo mar de concreto, intento asirme a mi portafolios para no hundirme entre las olas de gente. Corrientes de palabras me jalan hacia los filosos peñascos de la retórica. En medio de mi zozobra vislumbro tierra firme más allá de esta última palabra. Si lograra llegar, ahí sabría reconstruir mi silencio.



## ÍNDICE

|              |    |
|--------------|----|
| Alguien      | 9  |
| Ausencia     | 11 |
| Azar         | 13 |
| Brújula      | 15 |
| Bruma        | 17 |
| Calendario   | 19 |
| Conversación | 21 |
| Chiripa      | 23 |
| Desdén       | 25 |
| Enemistad    | 27 |
| Ermitaño     | 29 |
| Espera       | 31 |
| Fantasma     | 33 |
| Fogata       | 35 |
| Historia     | 37 |
| Imagen       | 39 |
| Influencia   | 41 |
| Ingenio      | 43 |
| Jamás        | 47 |
| Laberinto    | 49 |
| Lluvia       | 51 |
| Mansalva     | 53 |
| Memoria      | 55 |
| Meretriz     | 57 |

|            |    |
|------------|----|
| Nahual     | 59 |
| Nube       | 61 |
| Obscuridad | 63 |
| Oráculo    | 65 |
| Plagio     | 67 |
| Posesión   | 69 |
| Puente     | 71 |
| Rocío      | 73 |
| Rubor      | 75 |
| Sentencia  | 77 |
| Sombrero   | 79 |
| Tácito     | 81 |
| Trompo     | 83 |
| Universo   | 85 |
| Vanidad    | 87 |
| Vejez      | 89 |
| Vela       | 91 |
| Vigilia    | 93 |
| Zozobra    | 95 |

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles  
*Rector*

María Teresa Uriarte C.  
*Coordinadora de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*

Leticia García Cortés  
*Subdirectora*

Víctor Cabrera  
Martha Angélica Santos Ugarte  
*Editores*

*Alguien / Zozobra*, editado por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 21 de junio de 2013 en los talleres de Navegantes de la Comunicación Gráfica, S.A. de C.V., Pascual Ortiz Rubio núm. 40, Col. San Simón Ticumac, Benito Juárez, C.P. 03660, México, D.F. Se tiraron 1000 (mil) ejemplares en offset, en papel cultural de 90 g. Andrea S. Méndez Sánchez, realizó la composición en tipo Garamond 12, 10 y 9 puntos. Lectura y cotejo de pruebas Francisco García. La edición estuvo al cuidado de Víctor Cabrera y del autor.